

muerte de Jesucristo es la inmolacion de la humanidad entera, de la humanidad sin mancha, de la humanidad absorbida en lo infinito: fué un sacrificio infinitamente puro, infinitamente doloroso, infinitamente santo é infinitamente meritorio. La deuda quedó pagada, y con tal superabundancia, que ni Dios podia exigir más, ni la humanidad optar un medio mas cumplido para renovarse, dignificarse, é inmortalizarse en la gloria. Cada pena interior, cada suspiro de Jesus bastaba para redimir al mundo; pues padeciendo en cuanto hombre, merecia como Dios. ¿Qué será, pues, aquel tormento del alma, para el cual no hallaba comparacion el Profeta, y que le llama por fin "un mar de tribulacion?" ¿Cómo ponderar todo lo que padecería la Humanidad santísima de Jesus, cuando los profetas mismos, aun despues de agotar los recursos de la imaginacion y de la lengua, no lo dijeron todo! "El azote de vuestra cólera," decia David, representando proféticamente al Redentor, "ha descargado contra mí: todas las olas de tu furor echas-te sobre mí," ¿Qué diremos del desamparo y desolacion que padeció aquella gran Víctima? "A tu vista están, decia el Profeta representándola, "todos los que me atribulan: "improprio aguardó mi corazon y miseria. Y esperé que alguno se entristeciese conmigo, y no lo hubo; y que alguno me consolase, y no lo hallé." (Ps. LXVIII, v. 21) ¿Cómo figurarse aquel infinito padecer: padecer en todo, padecer siempre, padecerlo todo, padecer sin interrupcion y padecer sin esperanza? "Me dieron hiel por comida, dice adelante, (v. 22) "y en mi sed me dieron á beber vinagre: sobre el dolor de mis lágrimas han acrecentado." (v. 27) "Por tu causa he sufrido afrenta," dice Jesus á su Eterno Padre en la persona de David: "cubrió la vergüenza mi rostro: he sido hecho "extraño á mis hermanos, y forastero á los hijos de mi madre. Las afrentas de los que "te zaherian recayeron sobre mí. Y cubrí con ayuno mi alma, y se me convirtió en afrenta. Y me puse silicio por vestido:" (como si dijera: me revestí de la humanidad para "padecer," "y vine á ser fábula para ellos. Contra mí hablaban los que se sentaban en la "puerta," (es decir: los jueces y magistrados de Jerusalem, que tenian sus tribunales junto á las puertas de la ciudad,) "y tañian cantares de mí los que bebían vino," (es decir: conducido por el feroz ejemplo de los hombres de autoridad, el populacho, hasta el populacho mismo descargaba sobre mí todo el furor de su lengua,) "abatiéndome con la "burla y despedazándome con el sarcasmo y el improprio." Esta pintura profética, no solo igualada sino excedida por la dolorosísima realidad, basta ciertamente para comprender lo que fué la Pasion y muerte del Redentor del mundo para la humanidad en la cuestion vitalísima de su esperanza. Esta salió toda, inmensa, infinita y gloriosa, del sepulcro de Cristo, y desde entónces el cielo quedó brindando con sus infinitos goces á cuantos abrazasen la Cruz del Salvador.

28. Mas la esperanza, cuyo fin es la dichosa inmortalidad, exige la intervencion de los medios, y estos medios se resumen todos en la práctica de la virtud, ó lo que es lo mismo, en el exacto cumplimiento de la Lei. "Si quieres entrar á la vida eterna, decia Jesucristo, guarda mis preceptos." Pues bien, hijos míos, aquella Pasion y muerte no solamente realizan el fin, sino allanan tambien los medios de la esperanza. La Lei estaba dada, porque es eterna: estaba promulgada por el órgano de la razon, y como ésta se oscureciese hasta perderla casi de vista, fué tambien escrita por el dedo mismo

de Dios en aquellas dos tablas de piedra que puso en las manos de Moysés, para que la promulgase al pueblo desde las cumbres del Sinaí. Mas la naturaleza estaba enferma y enferma de muerte, y por algunos justos del pueblo escogido, que se salvaban del crimen por la fuerza que les daba su fe en el Mesías, el resto del mundo yacía hundido en el espeso caos de los errores; había naufragado todo en el piélago de los vicios, agitado por los borrascosos y encontrados vientos de todas las pasiones. Era necesario que la virtud resucitase y se fecundase é hiciese brillar sus esplendores en toda la tierra: he aquí el inmenso desideratum de toda la humanidad. ¿Cómo realizarle por solo los esfuerzos de la naturaleza? ¡Imposible! La experiencia estaba hecha, y la prueba de la imposibilidad humana robustecida con todos los criterios. ¿Qué demanda la virtud para existir! luz y fuerza. ¿Qué supone? combate y victoria. Pues bien, hijos míos, dos linajes de habitantes dividían entónces la tierra; los judíos y los gentiles. Ahora bien: ni los primeros habrían podido apetecer mayor luz y vigor, en su calidad de expectantes, que la que les otorgaban las Sagradas Letras, las tradiciones venerables, las instituciones sábias, los caracteres eminentes y los ejemplos ilustres de su historia, ni los gentiles esperar ya de la razon y del carácter moral que ella forma, nada mas de lo que habían adquirido: su historia es la de la filosofía en sus mas admirables esfuerzos, la de las letras en su mas espléndida magnificencia, la del heroismo en sus mayores portentos. Sin embargo, no hubo filósofo que supiera sobre Dios y la felicidad la mitad de lo que sabe el niño cristiano; no hubo orador que formara una sola virtud semejante á la del mas ignorado de los justos; no hubo poeta que produjese con las creaciones de su genio el arrobamiento y admiracion del héroe cristiano; no hubo conquistador que hubiera sido capaz de vencerse á sí mismo. ¿Véis estas fastuosas galerías de luces, bellezas, heroismo y magnificencia con que todavía tientan la admiracion y aun quieren dominar á la edad moderna los recuerdos mágicos del paganismo? pues no hallaréis un verdadero filósofo, un verdadero sabio, un verdadero héroe, un hombre manso y humilde corazon. Venid, empero, á Jesucristo, contemplad su dolorosa carrera, medid sobre cada uno de sus tormentos, y veréis como con ellos instituyó, radió y fecundó la virtud en la tierra.

29. La humanidad, hijos míos, que como ya os he dicho poco há, comenzó en el orgullo, medió en el placer y acabó en la muerte, tenía que desandar por sí misma este camino: el nuevo edificio había de montar sobre la abnegacion, construirse con los materiales de la penitencia y decorarse con los ornatos augustos del espíritu: pero si este plan, que hubiera sido siempre admirado, no habría podido ejecutarse si el hombre hubiese tenido acerca de él solo un conocimiento teórico; fué muy practicable desde que pudo ser aprendido en Jesucristo, y sentirse con Jesucristo los esfuerzos del combate y los placeres del triunfo. Este divino Maestro dió la bella leccion, señaló dos puntos, uno de partida y otro de término, y trazó con sus mismos pasos la línea que de uno al otro debiera recorrerse. "El que quiera venir en pos de mí, decia, nieguese á sí mismo, tome su cruz y sígame." Sin la abnegacion, hijos míos, no hai virtud posible, como sin los cimientos no hai edificio de concebible realidad. La abnegacion prepara, dispone y purifica tambien. Mas, este sentimiento se trasforma en acto por el movimiento moral

de la vida: nuestra humanidad, negándose ó envejeciéndose, camina desde que sale de la nada hasta que entra en el sepulcro. Jesucristo se niega á sí mismo al hacerse hombre, revistiéndose de nuestra naturaleza, y nuestra su abnegacion en su cuna naciendo entre pajas. Mas, quiere darnos el tema y el tipo de nuestra vida moral, y por esto añade que llevemos nuestra cruz. Esta cruz, emblema significativo de todos los trabajos y penalidades del hombre, le persigue desde que salió del Paraíso; mas habia sido para él un objeto de repulsa. La humanidad no podia vivir sin dolor, pues que la sentencia estaba dada, ni el dolor podia dejar de perseguir al hombre, pues que Dios le habia instituido, para castigar el pecado, con esta triste mision en la tierra; pero el hombre le conjuraba con su pensamiento, con su libertad y con su conducta como el objeto mas detestable. Era necesario para su remedio, que sustituyese el odio con el amor, la repulsa con la solicitud, que se abrazase con sus penas: en suma, no solo que viese, no solo que conociese, no solo que no pudiera destruir, sino que estrechase y llevase con amor la cruz de los trabajos. Esta cruz podia tener, no una existencia, sino un carácter nuevo, desde que la humanidad la hubiese aceptado; mas para hacerlo dignamente debia comenzar por la abnegacion y dar el paso consiguiente á beber el amargo cáliz. La nueva vida de la cruz exigia la espontaneidad y aun el amor, dos imposibles para la humanidad, pero dos cosas prodigiosamente fáciles desde que padeció Jesucristo. El fué el primero en llevar esta cruz: despues de él habria sido vergonzoso rehusarla.

30. Mas aun con todo esto, hijos míos, el hombre no quedaba enteramente provisto: necesitaba fuera del precepto y el ejemplo un medio capaz de vencer las repugnancias de la naturaleza y poder acercarse á este modelo divino. Si la historia nos muestra hombres hechos al hambre y á la sed, endurecidos en las fatigas de la guerra, y aun conserva los recuerdos del estoicismo, que puede considerarse como el último esfuerzo del orgullo humano; el criterio moral no nos muestra por cierto en todo esto sino estatuas magnificas tiradas aquí y allá en el campo de los siglos, que comienzan fascinando y acaban descendiendo al olvido: ni podia ser de otro modo, porque eran estatuas, figuras materiales, sin movimiento, sin vida, sin accion y sin porvenir. Esta estatua muerta de la virtud humana, como el cuerpo que formó Dios para preparar al hombre, necesitaba un soplo divino que la animase, necesitaba espíritu para tener vida. ¿Cuál podia ser el espíritu que animase la resignacion del hombre con sus propios trabajos! el de aquel que brilló en las tinieblas, el espíritu de Cristo. Por esta razon, despues de predicarnos que nos neguemos á nosotros mismos y tomemos nuestra Cruz, añade que le sigamos. El seguimiento evangélico de Cristo tiene un punto de partida que es la abnegacion: *abneget semetipsum*; tiene un apresto para no desfallecer, y es la cruz: *tollat crucem suam*; tiene una forma estrictamente moral, y es su espíritu: *sequatur me*. ¡Qué leccion! ¡qué precepto! ¡qué poder sobre la virtud! Antes de Jesucristo todos los legisladores, comenzando por el Eterno y Supremo, que es Dios, habian dicho á la humanidad: "haced lo que mando;" mas Jesucristo dió á la Lei divina una sorprendente y misteriosa plenitud cuando redajo sus preceptos á su imitacion, diciendo á todos: "haced lo que practico, seguidme."

31. Dicho esto, basta contemplar su vida para comprender la santidad: cada paso

de su carrera es un monumento que queda erigido á una virtud sublime: su carrera toda es el glorioso panteon de la virtud y la santidad. Llamad una por una todas las virtudes imaginables, y á vuestra voz irán correspondiendo los pasos de esta dolorosa historia. ¿Queréis ver la abnegacion! No sorprenderé vuestras almas con la Encarnacion del Verbo, las pajas de Beliehem, la sangre de la Circuncision, el retiro y pobreza de Nazareth, el ayuno del desierto, la fuerza de la tentacion, el bautismo del Jordan, no: de jo atrás esta imponente serie de trófcos, para llamaros al Cenáculo. ¿Véis esa reunion! Son los discípulos de Jesus, los hombres oscuros, los pescadores de Galilea; algo más, tambien los publicanos; infinitamente más, tambien el ingrato, pérfido y traidor Judas. ¿Véis ese personaje que se levanta de la mesa, toma un lebrillo con agua en sus manos, cuelga de su brazo una toalla y recorre de rodillas ese círculo de hombres miserables, poniéndose á sus piés, para lavárselos! Es el Unigénito del Padre, el esplendor de su eterna Sabiduría, la figura de su Sustancia, el Verbo que es desde el principio, Dios hecho hombre, es el prometido á la estirpe delincuente, representado en lo mas ilustre y grande de la historia del pueblo escogido, anunciado con los suspiros de los patriarcas, la voz de los profetas, el carácter de los justos, las funciones del sacerdocio, la magnificencia del culto y todas las instituciones de Israel. ¿Buscáis aquel conjunto de virtudes que en sí contiene la contricion del alma, esto es: la detestacion del pecado, el horror infinito al pecado, la pena por el pecado, &c., &c.? Ved á Jesus en el Huerto de Getzemaní desfalleciendo bajo la imágen de los crimenes, cuya responsabilidad ante la Justicia divina tenia aceptada. ¿Queréis ver la lucha de la naturaleza contra el dolor? Vedle alejar de sí con el primer impulso el cáliz que se le presentaba. ¿Queréis considerar el triunfo sobre todas las repugnancias de la naturaleza? Escuchad esa voz que á nombre de la Justicia eterna llama de nuevo á este cáliz mismo que acababa de repeler: "Padre mio, no se haga mi voluntad, sino la tuya." He aquí á Jesucristo, que despues de repeler la cruz para enseñarnos lo mucho que pesaba, la invocó, la espera, la recibe, la abraza, la acepta con toda la impetuosidad de su amor. ¿Queréis contemplar los primeros pasos de la carrera pública que hace con su cruz, observar los primeros efectos de la virtud con que la habia aceptado? Vedle desfallecer en el Huerto; vedle mojar aquel suelo con un sudor de sangre que provoca el inefable padecer de su espíritu. ¿Queréis un modelo de dulzura, de paciencia y de amor? Vedle consintiendo en recibir sobre sus mejillas el ósculo de Judas despues de haberle llamado con el dulce título de amigo, consentir en su prision, caminar sin quejarse arrastrado por sus verdugos, sufrir los denuestos de sus jueces y las insolencias de las turbas desenfadadas; contempladle, finalmente, cuando vuelve á Pedro el extraviado con una mirada que anima con toda la ternura de su amor, la paz, la gracia y la vida. ¿Queréis ver su Justicia? Vedle anunciando la desgracia de Judas y condenando la conducta de sus jueces. ¿Queréis ver su misericordia, resumiendo, por decirlo así, y excediendo todo el amor que exige de nosotros para nuestros prójimos? Vedle llamando, con una discreta pregunta que hace al que le hiere, las pasiones desfogadas al tribunal de la razon, dando un objeto eminentemente moral á las lágrimas con que inundan sus mejillas las hijas de Jerusalem, y enviando al cielo poco ántes de morir

una plegaria de perdon en favor de sus verdugos. No seguiré adelante; porque si me propusiese continuar hasta su fin esta manifestacion de las virtudes que formó Jesucristo en la escuela de su Pasion y muerte, me perderia ciertamente, no hai que dudarlo, en un oceano sin orilla y sin fondo.

32. Si despues de contemplar el tipo venimos á las copias, y de ver el manantial, seguimos el paso de las muchas corrientes que de allí bajan, tendremos necesidad á cada paso de tomar un respiro para no desfallecer á la vista de esta fecundidad inmensa que se reproduce de continuo sin agotarse en su fondo, de esas virtudes diversas y todas heróicas, hijas queridas de la Cruz. ¡Véis ese mundo, hundido en sangre bendita por espacio de tres siglos que duraron las primeras persecuciones de la Iglesia, reaparecer con todas las gracias purificado, ennoblecido y cubierto de gloria? Es el primer fruto de la Cruz del Salvador: en su costado nacieron aquel torrente de lágrimas y aquel torrente de sangre. ¡Véis esos desiertos, ántes habitados por serpientes y basiliscos, repentinamente convertidos en inmensos y deliciosos jardines donde se respira todo el aroma de las virtudes? Son las plantas que depositó en la tierra, y regó con su sangre, y conservó con su solicitud la Víctima santa del Calvario. ¡Véis esos muros elevadísimos que en el fondo de las bulliciosas ciudades encierran como en una isla desierta coros de vírgenes que han puesto su inocencia bajo la salvaguardia de su austeridad? Son la obra de la Cruz: ¡Véis esas lágrimas enjugadas por el amor, esas penas dulcificadas por la caridad, esas tribulaciones recogidas con plaocer en el corazon, esa pobreza voluntaria, ese noble desden hácia el siglo, esa muerte de los sentidos y nobilísima esclavitud de las potencias que nos hace admirar la historia en la vida de los santos! Esta es la obra de la Pasion y muerte de Cristo. Una Cruz que desenrolla sobre la altura de las espesas montañas, ó junto á las márgenes de los tempestuosos mares, anuncia el asilo que los hijos de Jesucristo abren al extraviado viajero y al navegante náufrago. Una Cruz, mostrándose en las alturas de inmensos edificios, os invita para que visitéis á los enfermos de Cristo que ha recogido en sus hospitales; á los huérfanos, ancianos, desvalidos, y generalmente á todos los pobres de Jesucristo, que ha reunido allí para darles el pan del cuerpo y el pan del espíritu. ¡Véis esas familias de religiosos esparcidas por todo el Universo? No escuchéis al siglo que las desprecia, sino acercóos á estudiarlas por vosotros mismos. Allí están los que se reparten el mundo con su celo, para llevar las luces de la fe, los tesoros de la gracia y los consuelos del corazon á las bárbaras tribus: allí están los que se ofrecen bajo la cuchilla de la austeridad y en el fervor de la oracion como otras tantas víctimas para desarmar la justicia del Eterno: allí están los que se dedican á impartir los socorros de la ternura que consagra el Evangelio para la doliente humanidad: allí están los que se dan á sí mismos por precio de aquellos que sufren los horrores del cautiverio: allí están..... ¡Pero á dónde vol? ¡cuándo acabaria si continuase!

33. El hombre, hijos míos, aun despues de redimido, ha continuado enfermo; pero su enfermedad no es ya de muerte: bástale querer con eficacia, para conseguir una curacion radical. El mundo está lleno todavía de llagas, de miserias y de crímenes; mas contempladle por otro aspecto, y veréis que despliega todavía la magnificencia y la

gloriosa pompa de la virtud. Hai en él, y son los más, seres desgraciados que quieren perderse; mas tambien existen caracteres venerables que perpetúan en la tierra, con los nobles atributos de la santidad, los mas bellos prodigios de la Cruz; y por esto dije que la Pasion y muerte de Jesucristo inslituyó la santidad, hizo reinar el amor y abrió par en par á cuantos quisiesen aprovecharla las puertas de los cielos.

34. ¡Qué puede importarnos pues, hijos carísimos, que la Pasion y muerte de Jesucristo encubra en su fondo un misterio inaccesible para la razon humana, si por otra parte despide tanta luz, comunica tanta fuerza y prodiga tantos bienes? No vemos el cómo, pero sabemos el por qué de este sacrificio, y sorprendemos en el pensamiento que le concebe, toda la Sabiduría de un Dios. No podemos conciliar estos dos infinitos, el de un ser divino y el de un Dios que padece en su santa Humanidad; pero á la vista de estos padecimientos, que nos hacen estremecer de terror y espanto, sentimos en el peso de la justicia misma la Santidad de todo un Dios; y en la moral de la Cruz venimos á sorprender la virtualidad inmensa y el profundísimo secreto de la cristiana virtud y verdadera grandeza del hombre. Nos confundimos y anonadamos en cierto modo al recorrer las páginas de esa historia donde la humanidad pareció haberse excedido á sí misma en lo que tiene de mas atroz para perseguir á la inocencia; pero mui pronto salimos de este estado de confusion, que parecia tentar nuestra fe, al contemplar esa Cruz, cambiando la faz de la tierra, atrayendo el homenaje de todos los hombres, recibiendo el tributo de todos los siglos, dominando todas las eminencias históricas, dando al entendimiento una luz que refleja, digámoslo así, los esplendores de la Sabiduría increada, á la voluntad una fuerza que reprime los ímpetus de las pasiones, á la libertad moral un poder superior á toda la naturaleza para marchar á paz y salvo de las tentaciones del demonio, del mundo y de la carne por los rectísimos senderos de la Lei divina, y en fin, al corazon humano, siempre solícito de nuevas impresiones, á este mendigo perdurable de placeres y de afectos, un objeto de infinito bien capaz de llenarle, de pureza infinita capaz de ennoblecerle, de fuego inextinguible y eterno capaz de arraigarle dulcemente en las deliciosas moradas de Jesus.

35. Contemplad pues, hijos míos, este misterio adorable como un cuadro de luz y de verdad, como un tesoro de gracia y de virtud, como una prenda infalible y tierna de amor y felicidad. Si vuestro entendimiento anhela por la ciencia, buscadla en él, diciendo con Pablo: "No quiero saber otra cosa que á Cristo crucificado," y conquistad con solo esto, dicho y cumplido, la verdadera sabiduría. Si el desaliento tienta vuestra esperanza con la pena consiguiente á las debilidades de la naturaleza y á las tribulaciones de la vida, decid con ese Doctor incomparable, considerando las tribulaciones como el fundamento de vuestra esperanza y viéndolas consagradas por la Pasion de Cristo: "Yo traigo en mi cuerpo las señales de Jesus mi Señor." Si la vanidad os acomete, la ambicion os alhaga, los placeres y pompas del mundo extienden sus redes bajo vuestros piés para aprisionar vuestro espíritu, clamad con este maestro profundamente versado en la carrera de la abogacion: "Lejos de mí el gloriarme en cosa alguna, que no sea la Cruz de nuestro Señor Jesucristo." Estrecháos en espíritu con este signo sagrado, llevadle con el intento mismo que Jesucristo le condujo; y cuando la vida os

atraiga con un excesivo deseo de prolongarla, y la muerte os intimide con el imponente aparato de sus tinieblas, pronunciad con toda la fuerza de la esperanza y del amor estas palabras del Apóstol: "Para mí el vivir es Cristo, y el morir es una verdadera ganancia." Tened la vida presente como la mas resgosa peregrinacion: caminad siempre con la Pasion de Jesucristo en el pensamiento y en la conducta; y estad seguros de que, cuando la muerte llame á vuestra puerta, léjos de verter lágrimas de desconsuelo, dejaréis con todo gusto vuestro cuerpo, como el esclavo sus cadenas cuando suena la hora de su libertad, como una ligadura penosa que detiene los impulsos del amor, y no veréis el sepulcro como el resumidero de la vida y el abismo en que se hunde la grandeza, sino como el angusto, el majestoso y sublime pórtico de aquella ciudad cuyas puertas no se cierran ni de día ni de noche, ó para mejor decir: de aquella ciudad que no conoce las tinieblas, alumbrada como lo está del esplendor augusto del Ser increado por los siglos de los siglos.



## PRIMERA PARTE

DE LA

# DOCTRINA CRISTIANA.

## TRIGESIMA INSTRUCCION.

### SOBRE EL DESCENSO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO A LOS INFIERNOS.

*Tu quoque in sanguine testamenti tui emisisti vinculos tuos de lacu, in quo non est aqua.*

Tú tambien por la sangre de tu testamento hiciste salir tus cautivos del lago en que no hai agua.

Zacarias. Cap. IX. v. 11.

1 El sepulcro, amados hijos, esta mansion fútima del hombre sobre la tierra, este resumidero inmenso á donde vienen las generaciones unas tras otras á hundirse como las aguas que se pierden sin vuelta; este lugar de lágrimas y luto donde la grandeza se anonada y la gloria se eclipsa; este punto crítico, terrible y al mismo tiempo inevitable, del que todos huyen con su corazon y á donde todos vuelan impulsados por su destino: vino á ser para Jesucristo Señor nuestro la consumacion feliz de aquel pensamiento que habia de establecer, como sobre una roca inexpugnable, su trono sobre la tierra, el oriente de aquella espléndida luz que habia de inundar al Universo, el principio de aquel reinado que agruparia en torno de la Cruz á todas las grandezas, y encadenaria para siempre las potestades del abismo, y daria libertad á la inmensa familia de los justos, pendiente de su venida para entrar en su reino.

2. No esperó Jesucristo á resucitar para dar principio á la gloriosa carrera de sus triunfos: porque apenas es colocado su cuerpo en el sepulcro, cuando su alma bendita, unida con su Divinidad, y en consecuencia él en Persona, descendió á lo mas profundo